



GEORGES PEREC

Un hombre que duerme

Traducción de Mercedes Cebrián



GEORGES PEREC, *Un hombre que duerme*, traducción de Mercedes Cebrián, Impedimenta, Madrid, 2009, 136 pp. ISBN 978-84-937110-6-1. (*Un homme qui dort*, 1967, 1987²).

EL valor de la existencia en general, y el papel que el ser humano desempeña en su interior o en su desarrollo, tienen un lugar privilegiado en el ámbito literario francés del siglo XX. El vacío y la desolación de la posguerra marcaron el contenido existencial de ciertas obras con el postulado de que es el propio ser humano quien construye el significado y da forma a la esencia de su vida. Georges Perec, en una infatigable carrera como escritor y colaborador literario en revistas como *Les Lettres Nouvelles* o *Tel Quel* y en el legendario *Oulipo*, nos ofrece en su obra *Un hombre que duerme*, traducida recientemente al español por Mercedes Cebrián y editada por Impedimenta, una alegoría en prosa —casi un comentario de texto sobre la cita de Kafka con la que empieza el libro sobre el pecado, el dolor, la esperanza y el camino verdadero— que expresa sentimientos o sensaciones crudos y cotidianos como la soledad, el absurdo, el quietismo existencial o el hastiado desencuentro con el destino humano.

“Apenas cierras los ojos, la aventura del sueño comienza.” En una pequeña buhardilla y con cierto grado de rebeldía personal, un estudiante de sociología, cansado de la monotonía social y de la jerarquía material impuesta por la humanidad, decide pasar a la vida contemplativa y dejar en suspenso cada una de las actividades de su vida, romper la relación con los estudios, dejar de lado a sus compañeros y deambular como un sonámbulo por las calles de un lúgubre e insustancial París. Es una visión desesperanzadora de la realidad acompañada de una taciturna soledad en la que se embarca el destino de este oscuro personaje. El efecto que produce la inesperada escritura en segunda persona, asomada continuamente al abismo, al aforismo, acerca al propio lector a ese tedio que abarca el paro existencial de la acción cotidiana. Un paralelismo original nos lo ofrece unos pocos años atrás el prosista y dramaturgo hispano Federico García Lorca al afirmar, en referencia a este fatídico destino, cuando escribe que en esta vida finita “la madera de nuestros ataúdes está ya cortada”, fiel reflejo de ese irremediable destino al que, junto con la muerte, en palabras del propio personaje de Perec, “ya estamos determinados”. Nuestro personaje, en uno de sus innumerables paseos solitarios por las calles de la ciudad, decide que el tiempo y el espacio son categorías de las que un sonámbulo se puede abstener; su indiferencia disuelve cualquier clase de lenguaje ya que “ahora eres el dueño anónimo del mundo, aquel sobre el que la historia ya no tiene peso, aquel que ya no escucha cómo cae la lluvia, que ya no ve cómo anochece”, como si, cuando llegara el absurdo, uno se sintiera simplemente incomprendido. La desolación llega a la existencia, el vacío acompaña a cada acto, a cada instante, el ojo de la historia quiere esquivarte, pasar sin dejar rastro por encima de ti. Cuán abstracto resuena perder totalmente el contacto con el mundo, con el tiempo y con el espacio, aunque haya veces en la vida en las que uno debe aprender a mofarse de la propia abstracción. Nuestro protagonista ha aprendido correctamente la supuesta lección. En una de esas

últimas visiones de la fatídica realidad, la misantropía parece ser una de las principales pinceladas que otorga Péric a su sórdido personaje, un hombre que desprecia al ser humano, que aborrece esta “ciudad pútrida, ciudad innoble, repulsiva” que le acoge, por la que deambula siempre solo, viviendo aterrado por el silencio. “¿No eres tú el más silencioso de todos?”, se cuestiona a sí mismo en medio del bullicio parisino.

Péric se atreve a jugar con la existencia, elabora un experimento literario repleto de metáforas y con un peculiar sentido hacia el valor de la imaginación y de los sueños, se enfrenta a la soledad con una sutil mezcla de absurdo y contingencia, un juego que posteriormente acabaría convirtiendo en su primer proyecto cinematográfico. La aporía a la que asiste nuestro personaje resonará en muchos de nosotros y nos hará cuestionarnos de qué manera nos encontramos lanzados al mundo, “condenados a ser libres”, parafraseando al filósofo francés Jean-Paul Sartre o, para Georges Péric, y sobre todo para su sonámbulo protagonista, condenados a una vida en soledad, condenados al desamparo, condenados a echar una solitaria partida de naipes en el más recóndito rincón de nuestras buhardillas.

Sergio García Guillem

